

# Una forma de estar en el mundo

*Acerca de la multirreligiosidad*

Sara Sefchovich

1

A mediados del siglo xx, los más importantes estudiosos apostaban por la desaparición de las religiones en las sociedades modernas. Y es que los procesos de laicidad y secularización hacían parecer que el fenómeno del abandono de las iglesias y de la fe era definitivo e irreversible.

Y sin embargo, no fue así. Para fines de esa centuria se veía un renacimiento y fortalecimiento de la religión que habría sorprendido al mismísimo Malraux cuando dijo su célebre frase de que el siglo xxi sería religioso o no sería.

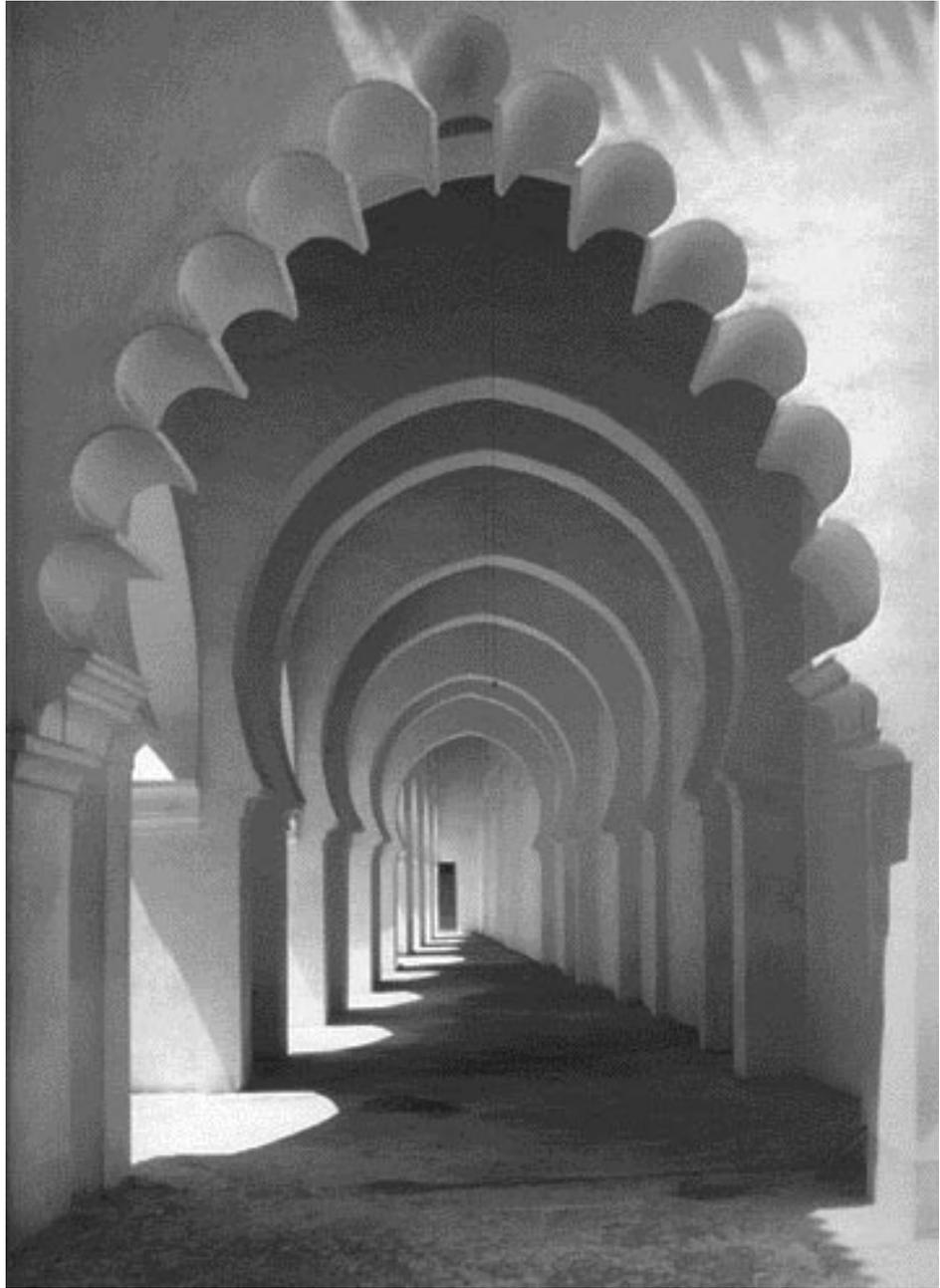
En todo el mundo empezaron a llenarse otra vez las iglesias y los templos (las mezquitas nunca se habían vaciado) y hasta volvieron las viejas guerras de religión, pero también se produjo una nueva ortodoxia fundamentalista —palabra que inventaron en el siglo xix grupos cristianos en Estados Unidos, pero que como fenómeno actual se produce sobre todo entre musulmanes y judíos— y surgieron movimientos de nuevas religiosidades.

Lo interesante del fenómeno, como bien lo vio Danièle Hervieu-Léger, es que contradujo lo que se había pensado respecto de la modernidad, pues

no sucedió que ella generara sociedades menos creyentes, sino sociedades diferentes de creyentes, o lo que es lo mismo, que ella no significó que a los humanos les dejara de hacer falta creer, sino que mostró que les hacía falta creer de otra manera, ya fuera con una intensidad diferente dentro de los caminos tradicionales, ya fuera con modos “alternativos a los modelos dominantes”, como los califica la misma estudiosa para referirse a la proliferación de modos de creer que se ha producido en los países occidentales.

2

Mucha tinta y mucha saliva se han usado para tratar de entender y explicar este fenómeno y los caminos diversos que ha seguido. El amplio panorama va conociéndose cada vez más a fondo: por una parte, lo que son ahora el cristianismo, el islam, el judaísmo, el budismo y el hinduismo en sus diversas vertientes, cómo y dónde se llevan a cabo y quiénes son sus seguidores y, por la otra, en qué consisten las nuevas religiosidades, por qué nacieron, dónde y de qué manera se practican. Esto se refiere tanto a las llamadas “religiosidades emocionales” —siempre originadas en las religio-



La Mezquita Kutubiyya, Marruecos

nes cristianas— así como todo lo que cabe en eso que algunos autores llaman new age y otros prefieren llamar “nebulosa místico-esotérica”.

Sin embargo, dentro de todo este amplio espectro, los especialistas han dejado fuera un fenómeno que forma parte de la misma eclosión y que es único en la historia y específico de fines

del siglo xx. Me refiero a lo que, a falta de mejor término, podemos llamar “multirreligiosidad”.

3

Entiendo por “multirreligiosidad” al hecho de que una persona pueda creer en Dios —o acer-



Palacio de Madinat al-Zahra, Córdoba

carse a la divinidad o a lo sagrado— con una elaboración religiosa propia hecha con elementos que le interesen, agraden, convengan o convengan, tomados de dos o más de las “grandes” religiones o religiones históricas en el sentido amplio del término. Es decir, elementos basados en aquellas religiones constituidas, organizadas y jerárquicas que tienen una larga historia, libros sagrados “revelados” y grandes segmentos de población que los siguen.

Lo que hace diferente a la multirreligiosidad de lo que se conoce como new age es que no se trata de una mezcla en la que cabe todo: desde las religiones primitivas hasta la astrología y desde el uso de objetos mágicos hasta los avances científicos en salud y nutrición, sino que es, de manera muy precisa, la conjunción de dos y solamente dos religiones históricas. Y lo que la hace diferente de los llamados “nuevos movimientos religiosos” es que no se trata de una nueva forma de religiosidad (más o menos intensa, más o menos emocional o intelectual) sino de una re-

composición de la religiosidad tradicional, combinando y re-utilizando sus elementos (doctrinas, rituales, símbolos) para su re-significación.

Más allá del hecho natural e inevitable (afortunadamente) de que las religiones, culturas y lenguas nunca pueden ser puras, pues siempre están mezclándose y cambiando; la multirreligiosidad es un fenómeno que se produce por la voluntad del individuo, quien de manera consciente y decidida toma elementos de dos religiones y los combina hasta elaborar una religiosidad que, sin dejar de seguir los patrones tradicionales, le resulte adecuada o, usando el término de Luckmann, operativa para vivir en el mundo de hoy.

El término aquí adoptado de multirreligiosidad no es gratuito. Porque si bien es cierto que al fenómeno que nombra se le podría llamar de varias otras maneras, por ejemplo, transpertenencia, pluri o polirreligiosidad (no estoy de acuerdo con conceptos como religión a la carta, bricolage o ensamblaje y eclecticismo religioso, porque además de sonar despreciativos no son



El minarete Aghlabid en la Gran Mezquita, Kairouan

precisos para este caso, en el que no hay ningún eclecticismo ni ningún ensamblaje, sino solamente la combinación muy precisa de ciertos elementos) y si bien también es cierto que todos estos vocablos se acercan bastante a la idea, el de multirreligiosidad es más afortunado porque entra a formar parte de la tendencia primordial de la actualidad que es la del multiculturalismo.

4

Para explicar el surgimiento de este fenómeno, habría que empezar por entender el cambio que significó eso que de manera amplia llamamos “modernidad”.

A lo largo de la historia, un individuo nacía en el seno de una familia y adoptaba necesariamente

la religión que ella profesaba con todo y su iglesia, y no podía ni ponerlas en duda, ni separarlas ni cambiarlas (a menos que fuera una conversión forzada o que estuviera dispuesto a quedar marginado para siempre de su comunidad e incluso a arriesgar la vida, pues cualquier transgresión era severamente castigada por las autoridades correspondientes y sus diversas inquisiciones).

Con el surgimiento del liberalismo y su idea de los derechos del individuo, se produjo lo que Kant llamó “la separación de las esferas”, que permitió diferenciar entre lo público y lo privado, dejando a las creencias y a los sentimientos religiosos en la esfera de la conciencia como decía Spinoza, o de la subjetividad como se le llamó después. La idea de la autonomía de que nos hablaron los propios liberales, y la afirmación de la capacidad de elegir que nos dieron los racionalistas y los ilustrados, hizo que la religiosidad se convirtiera en una decisión personal y en una responsabilidad individual. Cada quien podía establecer su relación particular con las creencias, podía permanecer en su religión de origen, cambiar de religión o, de plano, abandonarla. Incluso, podía seguir teniendo fe, pero sin que ello implicara el paquete completo de la religión y las iglesias constituidas, con sus maneras de funcionar, sus reglas, rituales, jerarquías y concepciones de la ortodoxia y las heterodoxias. Ahora era posible separarlas: la fe como la creencia en lo sagrado y la divinidad, la religión como los ritos, símbolos y conductas para expresar y formalizar aquello, y las iglesias como las instituciones encargadas de imponer, regular, ordenar y vigilar su cumplimiento.

El paso siguiente fue lógico: cada persona podía también decidir la forma en que quería practicar, organizar y ritualizar sus creencias. Dado que la modernidad nos hizo entender que las formas de creer no son eternas, universales y absolutas, sino que son históricas y culturales y que por lo tanto no son fijas ni inmutables y se las puede modificar e incluso crear a partir de las necesidades espirituales de cada quien, se consideró factible elaborar una religiosidad propia.

5

Ahora bien: la elaboración religiosa que llamo multirreligiosidad no responde a la afirmación casi lugar común de que las religiosidades nuevas y las religiosidades propias existen por la necesi-

dad de darle sentido a la vida, es decir, orden y dirección, respuesta a preguntas, llenado de vacío, herramientas para enfrentarse a lo desconocido y a la incertidumbre y para relacionarse con la naturaleza y con los demás, así como explicaciones del origen y esperanza de trascendencia. Esto es así porque la multirreligiosidad no es una conversión a la fe, un descubrimiento, una iluminación o una epifanía con ella, sino que es el producto construido de manera consciente y voluntaria por parte de individuos que ya creen, que ya tienen una religión que les satisface y les da sentido y les llena el vacío y les responde a las preguntas, pero que aun así no les resulta suficiente. Y entonces emprenden acciones para completar aquello que le falta a lo que ya existe. No se trata entonces de una reacción a un vacío o a una carencia, sino de una acción propositiva para completar y mejorar.

Este movimiento de complementariedad, de búsqueda de la suficiencia y la completud (el neologismo es necesario) que explica, permite y vuelve necesario un fenómeno de esta naturaleza es doble: por una parte, como diría Danièle Hervieu-Léger, la necesidad de “recomponer lo religioso” para “producir sistemas de significación” que permitan vivir en el mundo complejo y cambiante de hoy. Dicho de otro modo, para tener “una religiosidad en concordancia con la cultura moderna del individuo” y pertinente a las sociedades de hoy. Y por otra parte, una razón cuya importancia los especialistas no han calibrado: para los occidentales hoy la felicidad se ha convertido en un objetivo central. Nadie está dispuesto al sacrificio, todos quieren la remuneración inmediata, el placer instantáneo. De modo que la construcción de una religiosidad de esta naturaleza (lo mismo que el *new age*) responde a una sociedad muy individualista y muy lúdica que permite tomar de cada religión aquellos aspectos que resultan adecuados para el objetivo de sentirse bien y de ser feliz y eliminar todo aquello que no sirva para ese fin, pero (a diferencia del *new age*) quiere hacerlo dentro de la tranquilidad de lo conocido, de aquello que le es más querido y de lo que siente de modo más profundo. No es un abandono sino un agregado. No es una ruptura sino una continuidad, un cambio sin violencia. Porque lo que se hace es agregar nuevas formas, conductas y símbolos a los que ya se tienen y ello hace que no sea necesario abjurar de lo heredado, sino solamente completarlo.



Ciudad principesca, Anjar

6

La multirreligiosidad no significa que cualquier combinación de religiones sea posible. Hasta ahora, ella se ha dado entre las religiosidades cristianas en sus diversas denominaciones y el judaísmo, con la vertiente mística del islam (sufismo); el budismo en sus varias vertientes y el hinduismo. Es decir, que la tendencia va en el sentido de que lo occidental busca lo oriental, porque en esas religiosidades se encuentra lo que complementa bien a aquéllas, debido al modo como miramos y concebimos —como imaginamos y fantaseamos diría Edward Said— al Oriente en el Occidente modernizado.

La razón de que así sea es que la multirreligiosidad sólo es posible en ciertas sociedades. Lo



Mosaico de la iglesia de Santa María in Dominica, Roma

que los sociólogos llaman “las condiciones de posibilidad” para que los individuos puedan llevar a cabo una elección de esta naturaleza son muy concretas: se trata de grupos con situaciones económicas resueltas, en sociedades modernizadas, abiertas, democráticas, secularizadas, urbanas, con derechos y libertades, y al mismo

tiempo individualistas y atomizadas. Estamos hablando entonces de un espectro muy definido: las zonas urbanas de los países occidentales ricos y las capas acomodadas y medias de los países occidentales pobres con procesos reales (aunque disparejos e irregulares) de modernización. El fenómeno de la multirreligiosidad no se puede



El traslado de reliquias. Mosaico del pavimento de la iglesia superior de Huarte. Museo de Apamea, Siria

dar en aquellas sociedades en las que aún es impensable que alguien pueda poner mínimamente en cuestión a las costumbres y tradiciones porque no hay bases sociales ni culturales para ello, es decir, no se puede dar en sociedades musulmanas ni en sociedades rurales, ni tampoco en las zonas urbanas de países que no han vivido procesos de modernización.

7

Así es que encontramos un católico que es al mismo tiempo sufi, un judío que cree en Jesús, un protestante que es también budista. Se puede ir a misa y también hacer meditación zen, leer la Biblia y también la Bhagavad Gita, incorporar al concepto judío del Dios exigente e implacable la suavidad de la mística musulmana o combinar la rígida concepción calvinista con los misterios de la Cábala. La idea católica del pecado y el miedo que ella conlleva para el futuro (en el infierno) bien pueden abandonarse y en su lugar poner la idea oriental de la aceptación de las cosas como son, sin recriminarse el pasado y perdonándose a sí mismo; o la soledad de las sociedades atomizadas puede encontrar consuelo en el concepto budista del desapego. Un judío que come comida kosher puede además ser vegetariano como los hinduistas y con ello contribuir a solucionar pro-

blemas ecológicos del planeta, un católico que de por sí hacía retiros espirituales puede agregarle ejercicios físicos de hatha yoga; cualquiera puede empezar a creer en la reencarnación o en el karma o utilizar técnicas como el canto y la respiración, o participar en grupos de estudio o de armonización y en grupos ecuménicos, lo que está muy a tono con las exigencias culturales del día.

8

La multirreligiosidad es el único fenómeno que en el terreno de lo espiritual pertenece a la modernidad llevada hasta sus últimas consecuencias. Porque mientras las demás nuevas religiosidades apuntan a separarse del mundo o a vivirlo de otra manera (muchas veces incluso a mirar para atrás a una idea de comunidad ya rota en los tiempos que corren), la multirreligiosidad es, pertenece y corresponde totalmente a un tiempo en que se vive individualistamente pero en el que también tienen legitimidad otros valores, conductas y símbolos; a un tiempo en el que la razón sigue siendo pertinente pero no se abandona la necesidad de lo sagrado.

La educación universal y el acceso a la salud, la lucha de las mujeres y de grupos minoritarios por la igualdad, los avances tecnológicos y en la información, abrieron puertas para conocer (¿y



Miguel Ángel, detalle interior de la cúpula de San Pedro, El Vaticano

aceptar?) otras culturas, lenguas, religiones, formas de vida y de pensamiento. En el mundo globalizado en el que circulan los dineros, las mercancías, las ideas y los idiomas, una construcción religiosa así no sólo es posible, sino lógica y hasta necesaria. Dicho en otras palabras, al mundo del multiculturalismo le corresponde la multirreligiosidad.

9

En los tiempos actuales, en el mundo que vivimos, la multirreligiosidad es atractiva como fenómeno social, pues por su propio carácter implica la apertura y el respeto a la diferencia que es la gran propuesta, el gran salto adelante al que apunta el siglo XXI. **Ⓞ**